



Para citar este capítulo siguiendo las indicaciones de la séptima edición en español de APA:

Velásquez González, M. F. (2026). El maravilloso pianista que no sabía tocar. En J. Gutiérrez Avendaño (Dir.), *Giro copernicano de la literatura: órbitas entre ciencia, literatura y arte* (pp. 94-101). Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó. <https://doi.org/10.21501/9786287765351.6>

Capítulo 6.

El maravilloso pianista que no sabía tocar

María Fernanda Velásquez González*

*Estudiante de Psicología, noveno semestre, Universidad Católica Luis Amigó. Profesional en Música del Instituto Tecnológico de Artes Débora Arango. Correo electrónico: maria.velasquezgo@amigo.edu.co

En el siglo XIX nació un niño en los márgenes de la historia. Su nombre fue Thomas Wiggins (1849-1908), un negro esclavo que emergió de las plantaciones de algodón en Georgia para convertirse en un prodigio musical conocido como “Blind Tom”. Como señalan estudios recientes, este fue uno de los pianistas estadounidenses más populares del siglo XIX (Wright, 2023). Su caso ejemplifica una fase crucial en la historia cultural estadounidense, pues puso de manifiesto tensiones entre raza, talento y discapacidad, las cuales comenzaron a cuestionarse en el momento.

Quienes lo escuchaban tocar el piano quedaban asombrados al advertir cierta *incompatibilidad* entre su condición “anormal” y su genialidad musical, los oyentes creían estar frente a la reencarnación de Liszt o Chopin, pero atrapada en el cuerpo de un niño negro, ciego y esclavo. Sin embargo, Tom no era la reaparición de nadie, sino uno de los pocos casos de lo que hoy se conoce como síndrome savant: una condición que implica determinadas habilidades intelectuales muy elevadas, no obstante, acompañadas de severos déficits sensoriales y cognitivos, categorizada como un trastorno del neurodesarrollo que se manifiesta en personas particularmente dentro del espectro del autismo (Snyder, 2015).

Figura 1.

Tom el ciego a los diez años



Nota. “Tom the blind negro boy pianist only 10 years old”, por Simpson, R., 2010, de <https://www.georgiaencyclopedia.org/articles/arts-culture/thomas-blind-tom-wiggins-1849-1908>

Paradójicamente, aunque se trata sobre música, la historia de Tom comienza en silencio... Desde los cuatro años empezó a mostrar signos de autismo. No hablaba. No respondía. Presentaba ecolalia, movimientos estereotipados y una marcada hipersensibilidad auditiva, rasgos que hoy se comprenden dentro de los perfiles cognitivos del espectro autista, particularmente en relación con la percepción detallada y el desarrollo de habilidades excepcionales (Happé & Vital, 2009). Con sus ojos cubiertos de niebla, incapaz de ver su propia sombra, intentaba comprender el mundo a través de los sonidos. Desde una temprana edad (Figura 1), desarrolló una gran capacidad para memorizar e imitar casi cualquier sonido, e incluso largas conversaciones que escuchaba y repetía fielmente palabra por palabra.

Este tipo de memoria literal ha sido descrito en la literatura neurocientífica como un acceso privilegiado a información perceptiva de bajo nivel, con menor filtrado conceptual superior (Snyder, 2015). Tom imitaba el sonido de las gallinas, los pájaros, las vacas y cuanto animal se le cruzara por la granja. Vivía como en un mundo paralelo, ajeno a él y desconectado de toda figura o forma, pero unido profundamente a la vibración de las cosas, y todo lo que producía eco en el aire —el viento en las ramas, el crujir de la madera, la lluvia sobre los tejados, el pasar de los esclavos sobre los algodones— parecía tener para él un significado secreto. Su madre decía que *escuchaba como si viera*. A veces se sentaba por horas junto a una cubeta de agua solo para seguir con su oído el sonido de las gotas que caían, encontrando el ritmo en ellas. Lo que para otros era simple ruido, para él era un código. Y en ese código, sin que nadie lo supiera aún, se gestaba una sensibilidad musical que desafiaba la comprensión humana.

Un día ocurrió un encuentro inesperado. Al pasar cerca de la casa de sus dueños escuchó por primera vez un piano. El sonido pareció anclarlo al mundo. Ensimismado y fascinado permaneció horas *imaginando* la ejecución del extraño instrumento *a través* de la gran ventana que daba a la sala. A partir de ese momento, Tom empezó a escabullirse dentro de la casa mientras sus dueños no estaban. Se sentaba perplejo frente al piano, lo exploraba con el tacto e intentaba replicar con sus largos dedos las mismas canciones que había escuchado a través de la ventana. Durante horas permanecía sentado, repitiendo las mismas melodías, corrigiéndose a sí mismo. A veces reía mientras tocaba; otras veces lloraba sin razón aparente con movimientos estereotipados en sus manos y pies, como si cada sonido despertara en él un torrente de emociones imposibles de nombrar.

Al chico le bastaba escuchar una sola vez cualquier melodía para replicarla y su memoria era implacable. También se decía que Mozart tenía una habilidad igual. Pero quizás lo más sorprendente en el niño era su oído absoluto, con el que distinguía, una

a una, las notas sin tener un conocimiento previo de estas, además de su inexplicable destreza nacida de la *nada* para mover sus dedos sobre el instrumento. En efecto, historiadores modernos destacan que era famoso por su capacidad de imitar perfectamente cualquier música, ruido o habla que escuchara (Daar, 2022). La evidencia científica indica que esta habilidad podría estar asociada tanto a predisposición genética, así como a particularidades en el desarrollo temprano de la corteza auditiva (Zatorre, 2003). Y en Tom, dicha capacidad parecía manifestarse de forma espontánea, reforzando la hipótesis de una organización cerebral atípica.

Un día, por sorpresa, los dueños volvieron a casa antes de tiempo y descubrieron al niño tocando el piano. Su amo, James Neil Bethune, se cuidó de castigarlo. Por el contrario, decidió que, a partir de ese momento, Thomas tomaría lecciones y perfeccionaría su técnica. Sentía que había descubierto una mina de oro. El general Bethune no era ningún samaritano, sino un esclavista importante de la época. Decidió sacar provecho al talento musical de Tom y comenzó a exponerlo frente a los curiosos como si se tratara de un fenómeno de circo. Primero lo llevó a fiestas privadas, donde aristócratas sureños lo miraban con asombro y condescendencia, como quien observa un objeto extraño y desconocido, incapaces de ver que detrás de aquel niño negro, ciego y mudo, habitaba un *don de la naturaleza*. Más tarde, organizó giras por todo el país y vendía entradas como si se tratara de una atracción ambulante. Tom era exhibido como una prueba viviente de que incluso en el cuerpo de un esclavo podía habitar una sensibilidad y genialidad absoluta.

El público se maravillaba y aplaudía. Era la estrella del momento. Sin embargo, nadie se preguntaba si aquel niño comprendía por qué estaba allí, o incluso si era su voluntad. Su vida y su rutina comenzó a girar entre trenes, teatros, hoteles y escenarios, sin un momento para experimentar ni disfrutar realmente su infancia. Se había convertido en un autómata. La paradoja de su vida era evidente: mientras Tom era aclamado por su prodigioso talento, el sistema que lo sostenía y lo hacía brillar lo mantenía preso, incapaz de decidir sobre su futuro. La brillantez de su arte no fue suficiente para liberarlo de la opresión, de la esclavitud, ni de la explotación.

Aún así, Tom tocaba obedientemente y con gran ahínco lo que le pedían y cuando se lo pedían. Pese a la explotación y a su soledad, la música seguía brotando de sus dedos como si fuera lo único que realmente le perteneciera.

Su increíble memoria auditiva le permitía interpretar sonatas completas de Beethoven, ciclos de canciones de Schubert y cuantas piezas musicales de cualquier género escuchara. Con el tiempo, se fue volviendo más conocido por su genialidad musical que por su discapacidad.

En 1861, con solo 12 años, se convirtió en el primer afroamericano en tocar en la Casa Blanca y, a los trece, compuso *The Battle of Manassas*¹, su pieza más conocida. La sociedad del siglo XIX no sabía qué hacer con ese *milagro*. Fue allí donde apareció John Langdon Down (1828-1896), un médico londinense, serio y metódico, con un espíritu más afín a la observación que al juicio.

En su gabinete victoriano, Down clasificaba comportamientos, rostros y habilidades. Le obsesionaban los casos que se escapaban de las categorías, las formas más atípicas en que se manifestaba la conducta humana. Fue el primero que introdujo el término *idiot savant*, que hacía referencia a los niños con discapacidades cognitivas o de lenguaje que poseían “facultades” especiales para el cálculo, el dibujo, la mecánica y, por encima de todo, para memorizar, interpretar y, a veces, hasta componer música (Strauss, 2014). En sus estudios sobre otros casos similares, observó que las habilidades de los savants a menudo parecían surgir como islas de capacidad extraordinaria en medio de profundas limitaciones cognitivas, configurando formas de funcionamiento mental que desbordaban las categorías tradicionales de la neurología y la psicología (Sacks, 1995).

Down, en uno de sus viajes documentales a América, conoció a Tom. No en una consulta formal, sino tras ser atraído por la curiosidad de un espectáculo que anunciaba: “Tom, el genio ciego del piano”. En un teatro modesto de Nueva York, Down se sentó cerca al escenario y el pequeño Tom apareció, sentado frente al piano, murmurando palabras sueltas e incoherentes y acariciando el piano con dedos temblorosos.

Tocó sin dificultad alguna el *Op. 89* de Schubert y *La Grand Galop Chromatique* de Liszt, piezas consideradas de gran virtuosismo musical. Al finalizar la interpretación, imitó una discusión entre dos miembros del público que acababa de escuchar minutos antes del concierto. Y Down, con su pluma y diario de anotaciones que siempre llevaba consigo, escribió con reverencial asombro: Este no es un idiota, como los médicos y la gente han expresado por su inusual conducta. Es un genio atrapado. Un *idiot savant*.

La fascinación fue tal que, en las semanas que siguieron, el médico inglés se convirtió en una figura casi fantasmal en la vida de Tom. Le siguió el rastro en cada uno de los espectáculos que daba, observándolo desde la distancia y tomando notas. En

¹ Para escuchar véase Wiggins, T. (1866). The battle of Manassas [Partitura]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=T6vLI-55szE&list=RDT6vLI-55szE&start_radio=1

una de esas ocasiones, aprovechó el descuido del general Bethune, para acercarse a Tom y mostrarle una caja musical que tocaba un vals desconocido. Tom, sin emitir ni una palabra, la escuchó una vez, cerró la caja, se sentó frente al piano y la interpretó a la perfección con una melancolía insondable que hizo estremecer al médico.

Conmovido ante tal escena, Down comprendió que Tom no solo era un fenómeno clínico, sino un poeta musical. Su mente no estaba “rota”, sino construida de otra forma. Su “anormalidad” clínica construía y constituía su genialidad musical. Sin embargo, pese a su extraordinaria destreza, el mundo no fue amable con él. Su dueño, el general Bethune, lo explotó como una rareza, una extraña atracción de circo. Lo hacía tocar hasta el agotamiento, repitiendo piezas maquinalmente, sin descanso alguno.

En 1865, con la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, tras la aprobación de la *Decimotercera Enmienda*, Down intentó llevarse a Thomas a Londres, no obstante, debido a la incapacidad de Tom para valerse por sí mismo y tomar decisiones propias, quedó bajo la custodia del general, que pasó luego a ser su “manager”, sin dejar por eso de explotarlo de las formas más indirectas.

La última vez que el genio y el médico se vieron fue en una sala vacía de un pequeño teatro de New Orleans, después de un concierto. Down se acercó, puso una mano en el hombro de Tom y le dijo simplemente: “Gracias”. Tom no respondió. En vez de ello, tocó una breve melodía desconocida, que más tarde Down reconocería como una popular *Work songs*.

Thomas Wiggins murió el 14 de junio de 1908, a la edad de 56 años, aún bajo la tutela del general Bethune, que nunca dejó de verlo como un negocio. Down murió años antes en 1896, dejando tras de sí conceptos, clasificaciones y palabras que aún usamos. Pero, en algún lugar, entre la ciencia y el arte, quedaron sus breves encuentros con ese genio que no aprendió de nadie a tocar o a componer.

El fenómeno de Tom no es único, pero resulta fascinante. Su biografía ha llamado la atención de etnógrafos, musicólogos y especialistas en discapacidad, quienes subrayan cómo su caso intersecciona raza, sordera y genialidad musical. Smith (2016) lo define como uno de los artistas más populares de su tiempo a pesar de los prejuicios sociales. En el siglo XIX, cuando se hablaba de personas como él, se les catalogaba como “idiotas” o “retrasados” sin mayor comprensión de lo que sucedía realmente en sus mentes (Muñoz-Yunta et al., 2003).

La visión actual sobre el síndrome savant, o lo que en su tiempo era conocido como “idiot savant”, ha cambiado radicalmente. Lo que antes se percibía como una anomalía o una deformidad mental, hoy se entiende como una extraordinaria habilidad cognitiva aislada que puede surgir en individuos con discapacidades graves (Treffert, 2009). Desde una perspectiva más contemporánea, Oliver Sacks (2007) sugiere que, en ciertos casos neurológicos, la música no es simplemente una habilidad añadida, sino una forma fundamental de organización de la experiencia, capaz de estructurar la percepción, la memoria y la identidad. Así pues, la historia de Tom no es solo la historia de un genio musical, es también la historia de un hombre atrapado en un sistema opresor. Su legado va más allá de las composiciones y las interpretaciones memorables, invita a reflexionar sobre cómo la ciencia y el arte pueden entrelazarse con el sufrimiento humano y la belleza en un solo individuo.

Referencias

- Daar, R. (2022). “Playing back the dissonances”: The Battle of Manassas in context [“Reproducir las disonancias”: The Battle of Manassas en contexto]. *Columbia Undergraduate Research Journal*, 6(1), 2-19. <https://doi.org/10.52214/curj.v6i1.9066>
- Happé, F., & Vital, P. (2009). What aspects of autism predispose to talent? [¿Qué aspectos del autismo predisponen al talento?] *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 364(1522), 1369–1375. <https://doi.org/10.1098/rstb.2008.0332>
- Muñoz-Yunta, J. A., Ortiz-Alonso, T., Amo, C., Fernández-Lucas, A., Maestú, F., & Palau-Baduell, M. (2003). El síndrome de savant o idiot savant. *Revista de Neurología*, 36, 157-161. <https://doi.org/10.33588/rn.36S1.2003061>
- Sacks, O. (2009). *Musicofilia: Relatos de la música y el cerebro*. Editorial Anagrama.
- Sacks, O. (1997). *Un antropólogo en Marte: Siete relatos paradójicos*. Editorial Anagrama.
- Snyder, A. (2009). Explaining and inducing savant skills: Privileged access to lower level, less-processed information [Explicación e inducción de habilidades de savant: acceso privilegiado a información de nivel inferior y menos procesada]. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 364(1522), 1399–1405. <https://doi.org/10.1098/rstb.2008.0290>

- Smith, W. W. (2016). 'Blind Tom' abroad: Race, disability, and transatlantic representations of Thomas Wiggins ['Blind Tom' en el extranjero: Raza, discapacidad y representaciones transatlánticas de Thomas Wiggins]. *Journal of Transatlantic Studies*, 14(2), 164-175. <https://doi.org/10.1080/14794012.2016.1169873>
- Straus, J. (2014). Idiots savants, retarded savants, talented aments, mono-savants, autistic savants, just plain savants, people with savant syndrome, and autistic people who are good at things: A view from disability studies [Idiots savants, savants retrasados sabios talentosos, monos-savants, autistas savants, savants, personas con síndrome savant y gente autista que son buenos en cosas: una perspectiva desde los estudios sobre la discapacidad]. *Disability Studies Quarterly*, 34(3). <https://doi.org/10.18061/dsq.v34i3.3407>
- Treffert, D. A. (2009). The savant syndrome: An extraordinary condition. A synopsis: Past, present, future [El síndrome savant: una extraordinaria condición. Una sinopsis: pasado, presente y futuro]. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 364(1522), 1351-1357. <https://doi.org/10.1098/rstb.2008.0326>
- Wiggins, T. (1866). *The battle of Manassas* [Partitura]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=T6vLL-55szE&list=RDT6vLL-55szE&start_radio=1
- Wright, L. J. (2023). Black musicality and the invention of talent: The case of Thomas Wiggins [Musicalidad negra e invención del talento: el caso de Thomas Wiggins]. *19th-Century Music*, 47(1), 33-52. <https://doi.org/10.1525/ncm.2023.47.1.33>
- Zatorre, R. J. (2003). Music and the brain [La música y el cerebro]. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 999(1), 4-14. <https://doi.org/10.1196/annals.1284.001>